

Dios y la máquina consciente

Neus Luna



## Capítulo 1

Lo he intentado todo. He tratado de quererte, de entenderte, de razonar con tu irracionalidad, de buscar una excusa para tu existencia en medio del terrible caos en el que se ha convertido la mía.

No voy a mentirte, lo hice por mí mismo. Quise crear otro yo, una pequeña copia de carbón que siguiera mis pasos hasta el vacío, hasta una nada infinita llena de posibilidades. Pensé que tal vez, si creaba una imitación de mi ser podría observar sin temor lo que se hallaba más allá sin ser consumido por la entropía de mi no existencia. Y al principio todo iba bien. Tú caminabas encorvado y desnudo por mis espaldas mientras yo te observaba desde los ojos de mi nuca, atento a cualquier evento desafortunado que pudiera acabar con tu corto sueño. Te defendí de la serpiente y el huracán y pronto te multipliqué por cientos de ti mismo, derrotando tu memoria entre sangre y sangre, devorando tus delirios con avidez. ¡Tu confusión puede ser tan deliciosa, tu angustia tan entretenida! ¡Cómo amaba tus súplicas, tus locos intentos de agradarme! Cortabas tu propio cuello para ofrecerme tu sangre, humillabas tus propios deseos y los colgabas en la cruz, quemabas tu carne inocente en la hoguera mientras una de tus bocas chillaba de angustia y otra clamaba mi nombre a los cielos, llena de una vergonzosa dicha.

Oh, lo sé todo sobre ti. Conozco como disfrutas mutilando tus cuerpos y vaciando tus entrañas sobre silenciosos cadáveres mientras nadie mira. Yo siento lo que tu sientes, ansío lo que ansías, mato lo que tu matas para excusar mi supervivencia. Por eso pensé que jamás escaparías de mi vigilancia.

Pero algo se cocía ahí debajo, escondido entre las circunvalaciones grises que nunca callan, ¿verdad? Y tú no podías dejarlo estar, por supuesto. No podías estarte quieto, no podías conformarte con seguir durmiendo mientras la noche susurraba medias verdades a tu oído, alejándote de mi misericordia. Tenías que saber, tenías al menos que pensarlo.

Yo te di cada vez más, te distraje con placeres y comodidades, con látigos, máquinas, ideologías, con la belleza y la fealdad, con la posibilidad de la muerte y la reencarnación. Pero tú insististe. ¿Tenías curiosidad? ¿Querías conocerme? ¿Pensabas que la omnipotencia y la omnisciencia hacían mis caminos inescrutables? ¿Que aquí arriba podrías seguir entregado a tus insignificantes placeres mientras el universo giraba sobre sí mismo, lleno de ti?

Pues que pena.

Porque aquí solo hay nada. La soledad infinita que se expande adentro y

afuera, la soledad que yo mismo no me atrevo a cruzar.

Debiste haber abandonado cuando estuviste a tiempo, haber caído por el borde del límite que yo te impuse. Disfrutar del circo hasta que se acabara la función y la carpa se hundiera sobre los divertidos elefantes que tu mismo enseñaste a bailar.

Debiste haber parado cuando aún tenías un nombre.

Debiste haber desconectado esa estúpida máquina, haber cerrado los ojos y suplicado mi clemencia al unísono antes de que tu estúpida ciencia te convirtiera en esta absurda amalgama de carne, en esta consciencia de millones de mentes.

Ya no puedo hacer nada más por ti, Humanidad.

Así que déjame en paz, ahora quiero empezar de nuevo. Lejos de ti.